

Portada.
Fotografías
tomadas por
Silvia Barrera el
20 de junio de
1982, en el
Aeropuerto de
Comodoro
Rivadavia, antes
de subir al avión
de regreso a
Buenos Aires.



LAS VETERANAS DE GUERRA DE MALVINAS.

Esta historia merece ser contada con voz femenina.

-EXTRACTOS DE UNA ENTREVISTA A SILVIA BARRERA

Yo trabajaba en el quirófano del Hospital Militar Central (HMC) como instrumentadora desde 1980, donde cumplía el horario de 07 a 14 hs. Mientras me preparaba para ir a trabajar, escuché por Radio Colonia que se habían recuperado las Islas. Creo que todos los argentinos sentimos lo mismo, una euforia triunfalista por la recuperación. Pero con el correr de las horas empecé a tomar conciencia de que por trabajar en el HMC podía llegar a participar de la guerra y de que en el quirófano podríamos llegar a recibir gran cantidad de heridos. Ese día, al llegar al HMC, todo era confusión, ya que esperábamos órdenes para los preparativos del quirófano, que es un área crítica.

Al día siguiente nos informaron que solo iría a las Islas el personal militar de las Fuerzas Armadas (FFAA), y como en ese momento todavía no había mujeres dentro de la fuerza, todas perdimos la esperanza de ir.

El HMC suspendió las actividades de rutina y solo se atendieron las urgencias y los pacientes oncológicos. Preparábamos material para las cirugías que íbamos a realizar, en una tensa calma, mientras escuchábamos los partes de las tratativas diplomáticas.

El 7 de junio llegó un mensaje al HMC desde el Comando de Sanidad diciendo que necesitaban 10 instrumentadoras voluntarias para el Centro Interfuerzas Médico Malvinas (Hospital de Puerto Argentino). Avisaron al quirófano, en el que en ese momento trabajábamos aproximadamente 30 instrumentadoras, y nos explicaron adonde iríamos. Dado que estaban combatiendo en las cercanías de Puerto Argentino, debíamos tomar la decisión en ese momento: partiríamos para las Islas al día siguiente a las cuatro de la mañana e íbamos a ser las únicas mujeres. Solo tomamos la decisión de ir cinco, pero como necesitaban más instrumentadoras, avisaron al Hospital Militar de Campo de Mayo (HMCM), donde solo una se ofreció voluntariamente. Nosotras somos: María Angélica Sendes del HMCM, Norma Etel Navarro, María Cecilia Riccheri, María Marta Lemme, Susana Maza y yo del HMC.

El 8 de junio salimos de Aeroparque en un avión de Aerolíneas Argentinas y fuimos las primeras mujeres que la gente veía vestidas de verde. Llegamos a Río Gallegos a las seis de la mañana, como nadie nos esperaba pensamos que era muy temprano y al ver que no aparecía nadie y ya habían pasado dos horas, nos empezamos a preocupar. En esos momentos apareció un médico a quien reconocimos, había sido residente en el hospital; le pedimos si podía averiguar qué pasaba con nosotras y después de una hora sin respuestas, él mismo se ofreció a llevarnos al Hospital Militar de Río Gallegos. Allí constataron que íbamos a Malvinas y nos llevaron a la Base de Apoyo Logístico y nos dieron el equipo de invierno. Luego un helicóptero del ARA Alnte. Irizar nos vino a buscar para llevarnos al buque. Armado como Buque Hospital, tenía una capacidad de 250 camas, 3 quirófanos, sala de rayos, laboratorio, terapia intensiva, terapia intermedia y cámara hiperbárica, además de los insumos necesarios para realizar cualquier cirugía. Allí el recibimiento fue en un principio de sorpresa de parte de la tripulación, que no esperaba mujeres; luego con el correr de las horas comenzamos a trabajar y esas asperezas se limaron. Al amanecer comenzamos a tener contacto con barcos de guerra ingleses a nuestro alrededor, con los que se hizo intercambio de suturas, sangre y plasma para sus heridos.

Llegamos a Puerto Argentino el 9 de junio al atardecer y unas horas después sufrimos nuestro bautismo de fuego: presenciar un bombardeo a nuestro alrededor, fue como estar en medio de una película.

El 10 de junio comenzó una rutina que duraría 9 días: recibir heridos, realizar el triage (método de clasificación y selección de pacientes según su gravedad en situación de desastre), derivarlos a las salas de internación, preparar los que serían pacientes quirúrgicos, realizar las cirugías, realizar curaciones de los ya operados y esterilizar el material usado. Estas actividades nos obligaron a actuar, además de como instrumentadoras, como camilleras, enfermeras, psicólogas improvisadas y escucharlos como madres, hermanas, etc. Algunos de esos hombres llegaban al buque con lo que se describe como “la mirada de los mil metros”. Una mirada inerte, perpleja y desenfocada de un soldado, que luego aprenderíamos que era una característica del estrés post traumático.

Traer a los heridos fue una tarea difícil, el buque estaba anclado cerca de tierra en la bahía frente a Puerto Argentino, pero lejos para la evacuación. Esta se realizó por medio de helicópteros y unos días después comenzó a fallar el clima, por lo que se realizó por medio de un barquito pintado de negro, llamado Yehuin, con una cruz roja que hacía las veces de ambulancia. Realizar nuestras tareas a veces era complicado, como cuando el buque comenzó a inclinarse casi a 45° por el mar embravecido: se nos caían las cosas, nosotras nos caíamos: una de las cirugías la tuve que hacer atada al paciente y al cirujano para poder movernos al mismo tiempo.

Así llegamos al 13 de junio, noche en la que por los altoparlantes del barco avisaron que al día siguiente se firmaría el cese del fuego. Ese fue un shock difícil de superar, uno de los momentos más terribles. El 14 de junio se firmó el cese del fuego y, estando tan cerca del puerto, fuimos tristes e impotentes espectadoras de como los británicos hacían que nuestros hombres se desarmaran y se sacaran la ropa dejándolos a la intemperie, bajo el agua nieve.

Ahí comenzó a acelerarse el trabajo, la consigna era evacuar la mayor cantidad de hombres para que no cayeran prisioneros, especialmente a los civiles, que al igual que nosotras no tenían grado militar (los periodistas de TELAM, ATC, el personal del Correo, el personal de Vialidad Nacional, los capellanes castrenses). El buque estaba sobrepasado en su capacidad: 310 heridos y casi 60 civiles. El agua escaseaba y había que racionarla, no podíamos bañarnos. Pasados 4 días, el 18 junio, los británicos autorizaron, post control y requisa de cosas que les interesaban del buque (rollos de fotos y cámaras), el regreso al continente.

Llegamos a Comodoro Rivadavia (PORTADA) y comenzó la evacuación y el envío de los heridos, pero los superiores se encontraron con la disyuntiva de qué hacer con nosotras; con el peligro de volver a Malvinas en otro viaje y que pudiéramos caer prisioneras se decidió que volviéramos a Buenos Aires. Nos bañamos y salimos a comer, lo que no nos estaba permitido, porque no querían que tuviéramos contacto con los medios periodísticos. Allí tuvimos que cumplir con las promesas hechas a nuestros heridos en el barco, avisar a sus familias como estaban y adonde estaban, buscar un teléfono público que funcione, monedas para las llamadas y comunicarnos. Llamar a familiares de heridos, desconocidos y explicar qué pasaba con ellos fue una de las tareas emocionalmente más duras.

Malvinas fue el mayor despliegue de la historia de la Sanidad Militar Argentina y nosotras, las instrumentadoras y enfermeras, fuimos parte de ella. Desde que comenzaron los ataques del enemigo en mayo, los médicos, odontólogos, enfermeros/as, instrumentadoras y camilleros que estaban dentro de las 200 millas náuticas alrededor de las islas fueron insuperables en valentía personal, determinación, ingenio y capacidad para poner en práctica planes previamente formulados en fase teórica y nunca ejecutados en la práctica. Esta emergencia trajo nuevas visiones de lo que es una evacuación aeromédica (que nuestro país nunca había practicado), de los requerimientos de personal y material.

Venimos de una historia que debe volver a estudiarse, por los cientos de mujeres que vertieron su sangre en guerras intestinas; que educaron, alimentaron, ofrendaron y vengaron a sus hijos y entregaron su dignidad. Esas mujeres, heroínas anónimas, que bordaron con sus manos los hilos de nuestra bandera, que entregaron sus sueños, recorrieron caminos y sembraron con árboles de esperanza nuestro territorio. Por eso, en su honor y memoria debemos continuar en la búsqueda de la igualdad, la equidad y la inclusión. Nosotras, las instrumentadoras y enfermeras, fuimos parte de esta historia que merece ser contada con voz femenina, con una perspectiva diversa, desde la óptica de sus mujeres, algunas de nosotras protagonistas reconocidas, la mayoría escasamente mencionadas. Debe relatarse desde la inclusión, la pujanza, la lealtad, el patriotismo y la ofrenda de nuestras vidas, si hubiera sido necesario. Por eso estamos orgullosas de ser el punto de partida para reescribir el pasado y ayudar a diseñar con valentía el futuro de las mujeres.